La leña húmeda

El trozo más grande de leña no prendía. Andrés movió los papeles por tercera vez y sopló hasta llenarse los ojos de humo. Su hija, sentada en el suelo, le alcanzó una ramita que había guardado en el bolsillo.

Él le dijo que con eso no iba a durar. La chica la sostuvo un momento, después la dejó sobre el ladrillo de la chimenea.

Cuando Andrés fue a buscar más papel, vio sobre el alféizar un montón de ramas secas que ella había juntado esa tarde. Volvió con las manos llenas. Pusieron las ramitas de a una, mirando cuáles ardían primero. El trozo grande tardó bastante en calentarse.

Antes de irse a dormir, la chica llevó dos ramas más al alféizar. El padre esperó que subiera y fue a buscar otras dos al patio.